

dades, que no son más que materia, tienen confusamente la inmensa obscuridad condensada en un ser desconocido. Una figura negra que les impide el paso, detiene á una bestia feroz. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca.

VI

MARIO DESCIENDE Á LA REALIDAD,
HASTA EL PUNTO DE DAR LAS SEÑAS DE SU CASA
Á COSETTE

Mientras que aquella perra con figura humana montaba la guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante una muchacha, Mario estaba al lado de Cosette.

El cielo no había estado nunca tan estrellado y tan hermoso, ni los árboles tan temblorosos, ni las hierbas tan embalsamadas; nunca los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca todas las armonías de la serenidad universal habían correspondido mejor á las músicas interiores del amor; nunca Mario había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste á Cosette. Cosette había llorado; tenía los ojos encarnados.

Aquella era la primera nube en tan admirable sueño.

Las primeras palabras de Mario fueron:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después se sentó en el banco cerca de la escali-

nata, y mientras que él se sentaba á su lado tembloroso, continuó:

—Mi padre me ha dicho esta mañana que estuviese dispuesta, porque tenía negocios que tal vez nos harían partir.

Mario se estremeció desde los piés á la cabeza.

Al fin de la vida, morir es partir; pero, al principio, partir es morir.

Desde hace seis semanas, Mario, poco á poco, lentamente, por grados, iba tomando cada día posesión de Cosette; posesión enteramente ideal, pero profunda. Como hemos dicho ya, en el primer amor se toma el alma antes del cuerpo; después se toma el cuerpo antes que el alma, y aún algunas veces no se toma el alma del todo. Los Faublas y los Prudhomme añaden: porque no existe; pero el sarcasmo es por fortuna una blasfemia. Mario, pues, poseía á Cosette como poseen los espíritus; pero la envolvía en toda su alma y la poseía con una increíble convicción. Poseía su sonrisa, su aliento, su perfume; la radiación profunda de sus ojos azules, la suavidad de su cutis cuando le tocaba la mano, la encantadora señal que tenía al cuello, todos sus pensamientos. Se habían prometido no dormir nunca sin soñar cada uno con el otro, y se habían cumplido la palabra. Poseía, pues, todos los sueños de Cosette. La miraba sin cesar; movía algunas veces con su aliento los cabellos cortos que Cosette tenía en la nuca, y se decía que no había ni uno sólo de aquellos cabellos que no perteneciese á Mario. Contemplaba y adoraba todo lo que ella se ponía, el lazo de cintas, sus guantes, sus manguitos, sus botitas, como objetos sagrados que eran suyos. Pensaba que era el dueño de aquellos bonitos peines de concha que se ponía en la cabeza, y aún se decía, por un sordo y confuso murmullo del deleite que aparecía, que no

había ni un solo hilo de su vestido, ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corsé, que no fuese suyo. Al lado de Cosette se sentía cerca de su bien, cerca de su felicidad, cerca de su déspota y de su esclava.

Parecía que habían mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver á tomar cada uno la suya, les habría sido imposible conocerlas.—Esta es la mía.—No, es la mía.—Te aseguro que te engañas.—Ese soy yo.—Lo que tomas por tuyo es mío.—Mario era algo de lo que formaba parte de Cosette. Cosette era algo de lo que formaba parte de Mario. Mario sentía que Cosette vivía en él: tener á Cosette, poseerla, no era para él distinto de respirar.

En medio de esta fe, de esta embriaguez, de esta posesión virginal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, cayeron estas palabras: «Vamos á partir.» La brusca voz de la realidad le gritó: ¡Cosette no es tuya!

Mario se despertó. Desde hacía seis semanas vivía, como hemos dicho, fuera de la vida: esta palabra ¡partir! le hizo entrar en ella dolorosamente.

No halló una palabra que responder: Cosette sintió solamente que su mano estaba helada, y le dijo á su vez:

—¿Qué tienes?

El respondió tan bajo que apenas lo oyó Cosette:

—No comprendo lo que has dicho.

Y ella añadió:

—Esta mañana, mi padre me ha dicho que tenga prontas todas mis cosas, y esté dispuesta para partir; que prepare mi ropa para guardarla en una maleta; que se vea obligado á hacer un viaje; que teníamos que partir; que necesitábamos una maleta grande para mí, y una pequeña para él, y que lo prepa-

rasedo en una semana, porque iríamos tal vez á Inglaterra.

—¡Pero eso es monstruoso!—exclamó Mario.

Y ciertamente, en aquel momento en el ánimo de Mario ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación del más atroz tirano, ninguna acción de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII habría igualado en ferocidad á esta:—El señor Fauchelevent lleva á su hija á Inglaterra porque tiene allí negocios.

Preguntó, pues, con voz débil:

—¿Y cuándo marcháis?

—No me ha dicho cuándo.

—¿Y cuándo volveréis?

—No me ha dicho cuándo.

Mario se levantó y dijo fríamente:

—Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos llenos de angustia, y respondió con acento extraviado:

—¿A dónde?

—A Inglaterra. ¿Iréis?

—¿Por qué me hablas de vos?

—Os pregunto si iréis.

—¿Qué queréis que haga?—dijo juntando las manos.

—¿Es decir que iréis?

—¡Si va mi padre!

—¿Iréis, pues?

Cosette cogió la mano á Mario, y la oprimió sin responder.

—Está bien,—dijo Mario.—Entonces yo me iré á otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió, el significado de esta frase; se puso pálida, de modo que su rostro apareció blanco en la obscuridad, y balbuceó:

—¿Qué quieres decir?

Mario la miró: después alzó lentamente los ojos hacia el cielo, y respondió:

—Nada.

Cuando bajó los párpados, vió que Cosette se sonreía mirándole. La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que disipa las tinieblas.

—¡Qué tontos somos! Mario, me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¡Parte, si partimos los dos! Te diré dónde. Ven á buscarme donde esté.

Mario era entonces un hombre completamente despierto. Había vuelto á la realidad, y dijo á Cosette:

—¡Partir con vosotros! ¿Estás loca? Es preciso para eso dinero, y yo no le tengo. ¡Ir á Inglaterra! Ahora debo más de diez luises á Courfeyrac, un amigo á quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, una levita sin botones por delante, mi camisa está toda rota, llevo los codos por fuera, mis botas se calan; hace seis semanas que no pienso en nada, y no te lo he dicho. Cosette, soy un miserable. Tú no me ves más que por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de día me darías limosna! ¡Ir á Inglaterra! ¡Y no tengo con qué pagar el pasaporte!

Y se recostó contra un árbol que había allí, de pie, con los dos brazos por cima de la cabeza, con la frente en la corteza, sin sentir ni la aspereza que le arañaba la frente, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil y próximo á caer al suelo como la estatua de la Desesperación.

Así permaneció un largo rato. En esos abismos se podría permanecer una eternidad: por fin se volvió, y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era Cosette que estaba sollozando.

Lloraba desde hacía dos horas que Mario meditaba.

Mario se acercó á ella, cayó de rodillas prosternándose lentamente, cogió la punta del pie que salía por debajo del vestido, y le besó.

Ella le dejó hacer todo en silencio.

Hay momentos en que la mujer acepta como una diosa sombría y resignada la religión del amor.

—No llores,—dijo Mario.

Y ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy á marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:

—¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso que nunca es tan seductora como al través de las lágrimas:

—Te adoro.

Mario continuó con una voz que era una caricia:

—No llores; hazlo por mí.

—¿Me amas tú?—dijo ella.

Mario la cogió la mano.

—Cosette: nunca he dado mi palabra de honor á nadie; porque mi palabra de honor me causa miedo: conozco que, al darla, mi padre está á mi lado. Pues bien: te doy mi palabra de honor más sagrada de que, si te vas, me moriré.

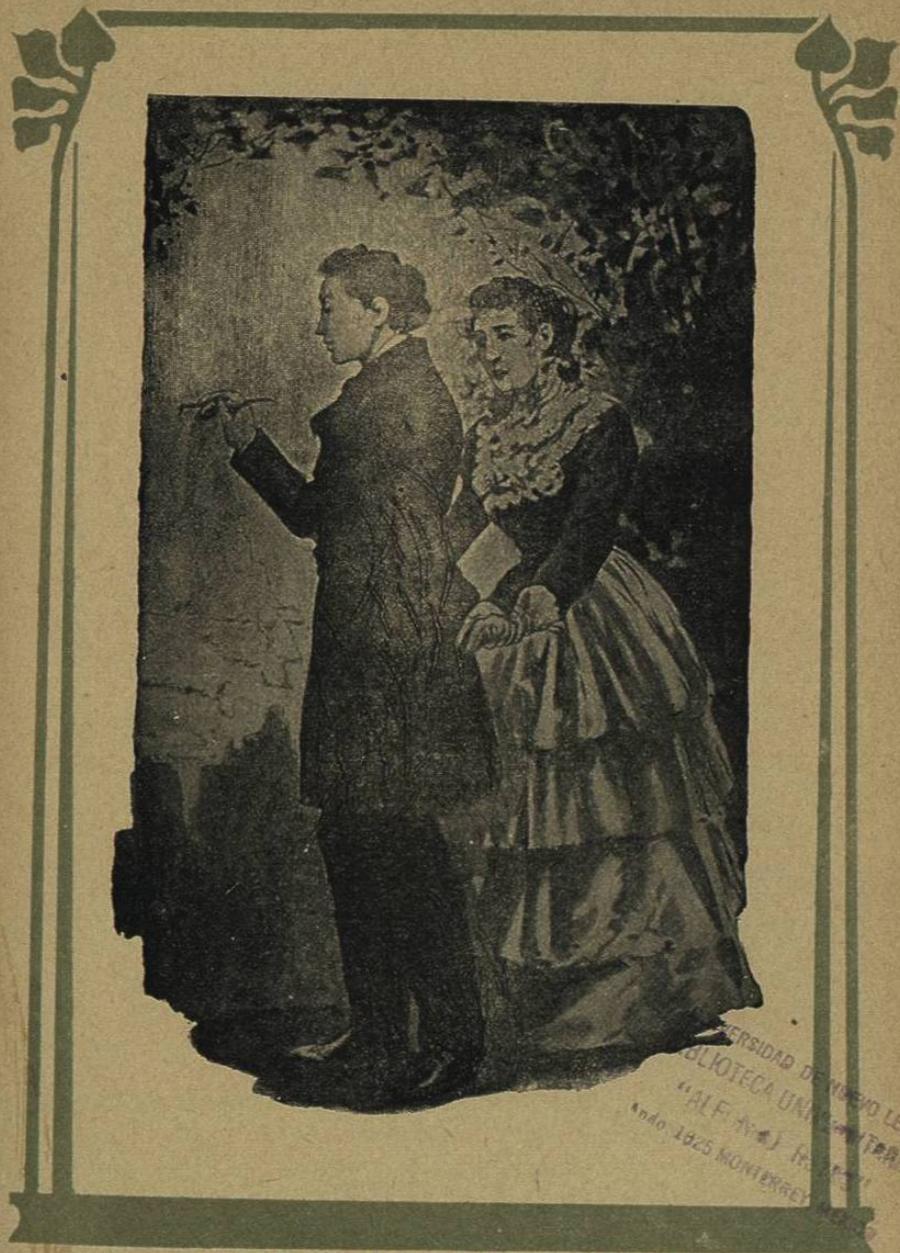
Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y tan tranquila, que Cosette tembló. Sintió ese frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera: la impresión la hizo cesar de llorar.

—Ahora escucha,—dijo;—no me esperes mañana.

—¿Por qué?

—Ni me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿Por qué?



.... y escribió en el yeso de la pared: Calle de...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. IV." R. 1001
Año: 1925 MONTERREY

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! Eso es imposible.

—Sacrifiquemos un día para tener tal vez toda la vida.

Y Mario añadió á media voz, y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus hábitos, y no recibe á nadie más que por la noche.

—¿De quién hablas?—preguntó Cosette.

—¡Yo! No he dicho nada.

—¿Qué esperas, pues?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette entonces le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de los piés para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Mario continuó:

—Creo que conviene que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder; vivo en la casa de ese amigo, llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared:

Calle de la Verrerie.—16.

Cosette entretanto había vuelto á contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Mario; tienes una idea. Dímelas. ¡Oh! ¡Dímelas para que pase buena noche!

—Mi pensamiento es éste: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué haré yo hasta entonces?—dijo Cosette.

—¡Tú estás libre, vas y vienes! ¡Qué felices sois los hombres! ¡Yo me quedo sola! ¡Oh! ¡Qué triste voy á estar! ¿Qué vas á hacer tú mañana por la noche? Dímelo.

—Voy á hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré á Dios, y pensaré en tí hasta entonces para que la consigas. No te pregunto más porque no lo quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche mañana cantando el coro de *Euryanto*, que tanto te gusta, y que viniste á oír una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré esa noche á las nueve en punto; te lo advierto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo oyes? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos almas en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento, Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Mario meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea; una idea, ¡ah! que él mismo tenía por insensata é imposible. Había tomado un partido violento.

VII

DOS CORAZONES, UNO VIEJO Y OTRO JOVEN,
FRENTE Á FRENTE

El señor Gillenormand tenía entonces noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Gillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en su propia y vieja casa. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte á pie firme, que cargan con los años sin doblegarse y que no se encorvan ni aún con los pesares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo su hija decía:—Mi padre va decayendo. Ya no abofeteaba á las criadas; ya no golpeaba con el bastón y con acompañamiento de voces la puerta de la escalera cuando Basco tardaba en abrirle. La revolución de julio apenas le había exasperado por espacio de seis meses. Había visto casi con tranquilidad en el *Monitor* esta reunión de palabras:—El señor Humblot-Conté, par de Francia. El hecho es que el viejo estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, porque esto era imposible, así en su naturaleza física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacía cuatro años que esperaba á Mario á pie firme, esta es la frase, con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado llamaría algún